MUERTE, SUPERVIVENCIA Y DESAPARICION EN CIEN AÑOS DE SOLEDAD

James R. Stamm.

La fundación de Macondo, el pueblo–mundo que inventa Gabriel García Márquez y cuyo desarrollo mito–histórico constituye el tema básico de **Cien años de soledad,** radica en un asesinato. Empieza la prehistoria de Macondo con la maldición de la muerte violenta. La riña entre José Arcadio Buendía y Prudencio Aguilar, ocasionada por una pelea de gallos, seguida por ciertas imputaciones poco prudentes sobre la virilidad de aquél, termina en pleno asesinato, luego calificado oficialmente como "duelo de honor". Al poco rato aparece el espectro de Prudencio, vagando por el patio y toda la casa de los Buendía:

> Una noche en que no podía dormir, Ursula salió a tomar agua en el patio y vió a Prudencio Aguilar junto a la tinaja. Estaba lívido, con una expresión muy triste, tratando de cegar con un tapón de esparto el hueco de su garganta. No le produjo miedo, sino lástima. Volvió al cuarto a contarle a su esposo lo que había visto, pero él no le hizo caso. –Los muertos no salen,– dijo. Lo que pasa es que no podemos con el peso de la conciencia–. Dos noches después, Ursula volvió a ver a Prudencio Aguilar en el baño, lavándose con el tapón de esparto la sangre cristalizada en el cuello. Otra noche lo vió paseándose bajo la lluvia. José Arcadio Buendía, fastidiado por las alucinaciones de su mujer, salió al patio armado con la lanza. Allí estaba el muerto con su expresión triste. –Vete al carajo– le gritó José Arcadio Buendía– . Cuantas veces regreses volveré a matarte.
> Prudencio Aguilar no se fué, ni José Arcadio Buendía se atrevió a arrojar la lanza. Desde entonces no pudo dormir bien. Lo atormentaba la inmensa desolación con que el muerto lo había mirado desde la lluvia, la honda nostalgia con que añoraba a los vivos, la ansiedad con que registraba la casa buscando el agua para mojar su tapón de esparto.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

—Debe estar sufriendo mucho, —le decía Ursula. —Se ve que está muy solo—. Ella estaba tan conmovida que la próxima vez que vió al muerto destapando las ollas de la hornilla comprendió lo que buscaba, y desde entonces le puso tazones de agua por toda la casa. Una noche en que lo encontró lavándose las heridas en su propio cuarto, José Arcadio Buendía no pudo resistir más. —Está bién, Prudencio —le dijo—. Nos iremos de este pueblo, lo más lejos que podamos, y no regresaremos jamás. Ahora vete tranquilo.

Fue así como emprendieron la travesía de la sierra. Varios amigos de José Arcadio Buendía, jóvenes como él, embullados con la aventura, desmantelaron sus casas y cargaron con sus mujeres y sus hijos hacia la tierra que nadie les había prometido.

El autor lo califica como "un viaje absurdo". Por fin, totalmente agotados, acamparon al lado de un río. "José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casas de paredes de espejo. Preguntó qué ciudad era aquella y le contestaron con un nombre que nunca había oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo".

El paralelismo con temas y elementos bíblicos está patente. El eminente crítico Ricardo Gullón ve en la fundación de Macondo, creación de un pueblo en el yermo casi **ex nihilo**, una adaptación, quizá parodia, de los mitos del Génesis y del Exodo, dados al revés.[1] Quiero ofrecer en cambio otro paralelo, para mí más adecuado y sugestivo: el mito de Caín, cuyo crimen fue castigado con el exilio y con la señal que le puso Dios. Y esa señal, ¿será acaso la maldición de la soledad? . Cuando nacen los Buendía se les reconoce inmediatamente por "la marca inconfundible de la soledad". Caín se aleja de la presencia de Jehová y emprende un viaje hacia lo desconocido —"tierra que nadie le había prometido"—. Después de sólo seis generaciones de descendientes brevemente nombrados, (el mismo número de generaciones son los Buendía que nacen en Macondo antes de su destrucción en el holocausto final) comprendiendo quizás unos cien años en el relato bíblico, no se vuelve a saber más ni de la ciudad ni de la descendencia del fraticida. Es como si se exterminara para siempre la estirpe y la ciudad de Caín — o como se nos dice al final de **Cien años de soledad**—, "las estirpes condenadas no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra".

---

[1] Ricardo Gullón, *García Márquez o el arte de contar*, Madrid: Cuadernos Taurus, núm. 93, 1970. Págs. 49 - 52.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

La fundación de Macondo obedece pues al sentido de culpabilidad que sufre José Arcadio Buendía y a su deseo de eludir el espectro de Prudencio Aguilar, cuya supervivencia es un triste eco de la vida de los vivos, semejante a la supervivencia de las sombras del infierno homérico. Mas en el mundo de García Márquez no es tan fácil evadir la persistencia de los muertos. Vemos como poco después el espectro de Prudencio Aguilar se presenta en Macondo, buscando a José Arcadio Buendía ahora con amistosa nostalgia. Una madrugada aparece en el dormitorio de José Arcadio Buendía un anciano de cabeza blanca y de ademanes inciertos. "Era Prudencio Aguilar. Ya casi pulverizado por la profunda decrepitud de la muerte, Prudencio Aguilar iba dos veces al día a conversar con él. Hablaban de gallos. Se prometían establecer un criadero de animales magníficos, no tanto por disfrutar de unas victorias que entonces no les harían falta, sino por tener algo con qué distraerse en los tediosos domingos de la muerte. Era Prudencio Aguilar quien lo limpiaba, le daba de comer y le llevaba noticias espléndidas de un desconocido que se llamaba Aureliano y que era coronel en la guerra".

Si es primordial la relación José Arcadio Buendía—Prudencio Aguilar en tomar la decisión que lleva a los Buendía a fundar Macondo —sea Exodo, según Gullón, sea la huida de Caín, o sea puro artificio novelesco propio del autor— no menos importante es la relación José Arcadio Buendía—Melquiades. Melquiades, el gitano que aparece una y otra vez como charlatán, trotamundos y explotador de la credulidad del inocente pueblo, con sus imanes, catalejo, lupas de cristal y la maravillosa dentadura postiza; con su sabiduría milenaria que le revela por fin como resucitado mago que sabe y ha visto todos los futuros desastres y peripecias que sufrirá Macondo y la estirpe de los Buendía. Es Melquiades quien excita y le desorienta a José Arcadio Buendía con su ciencia y su conocimiento de los "últimos inventos"; es él quien introduce en Macondo la alquimia. Melquiades es el que alimenta la desaforada imaginación de José Arcadio Buendía, que tantos trastornos produce en la vida de Macondo y en su propia casa, mientras Ursula "pugnaba por preservar el sentido común".

LA MUERTE

Melquiades viene a Macondo perseguido por la muerte: "La muerte lo seguía a todas partes, husmeándole los pantalones, pero sin decidirse a darle el zarpazo final. Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al excorbuto en el archipiélago

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes". A pesar de esa milagrosa resistencia, es el primero a quien le viene la muerte en Macondo, pueblo que hasta entonces no tenía cementerio, sencillamente porque nadie había muerto hasta entonces. Notemos bien que ésta es la segunda muerte de Melquiades, que "había estado en la muerte, en efecto, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad. Repudiado por su tribu, desprovisto de toda facultad sobrenatural como castigo por su fidelidad a la vida, decidió refugiarse en aquel rincón del mundo todavía no descubierto por la muerte, dedicado a la explotación de un laboratorio de daguerrotipia". Melquiades no envejece en la muerte, como sí por el contrario Prudencio Aguilar y José Arcadio Buendía. Cuando aparece después de su muerte en Macondo, "no tenía más de cuarenta años. Llevaba el mismo chaleco anacrónico y el sombrero de alas de cuervo, y por sus sienes pálidas chorreaba la grasa del cabello derretida por el calor, como lo vieron Aureliano y José Arcadio cuando eran niños". Aureliano Segundo "lo reconoció de inmediato, porque aquel recuerdo hereditario se había transmitido de generación en generación, y había llegado a él desde la memoria de su abuelo... Desde entonces, durante varios años, se vieron casi todas las tardes. Melquiades le hablaba del mundo, trataba de infundirle su vieja sabiduría, pero se negó a traducir los manuscritos. —Nadie debe conocer su sentido mientras no hayan cumplido cien años,— explicó." Además, sabe proyectar su supervivencia al nivel material sobre su antiguo cuarto. "Nadie había vuelto a entrar al cuarto desde que sacaron el cadáver de Melquiades y pusieron en la puerta el candado cuyas piezas se soldaron con la herrumbre. Pero cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas entró una luz familiar que parecía acostumbrada a iluminar el cuarto todos los días, y no había el menor rastro de polvo o telaraña, sino que todo estaba barrido y limpio, mejor barrido y más limpio que el día del entierro, y la tinta no se había secado del tintero..."

El caso de la supervivencia del Melquiades complica y enreda el sentido de la muerte. ¿Había muerto realmente una vez? ¿O cuántas? "En los médanos de Singapur"; ya que después muere de nuevo en Macondo. Su supervivencia, como la de todos los espectros, tiene sus limitaciones. Como había indicado Prudencio Aguilar, la muerte es un reino estructurado. Hay muertes dentro de la muerte.

> Melquiades le reveló —a Aureliano Babilonia— que sus oportunidades de volver al cuarto estaban contadas. Pero se iba tranquilo a las praderas de la

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

muerte definitiva, porque Aureliano tenía tiempo de aprender el sánscrito en los años que faltaban para que los pergaminos cumplieran un siglo y pudieran ser descifrados... Aurealiano avanzaba en los estudios del sánscrito, mientras Melquiades iba haciéndose cada vez menos asiduo y más lejano, esfumándose en la claridad radiante del mediodía. La última vez que Aureliano lo sintió era apenas una presencia invisible que murmuraba: "He muerto de fiebre en los médanos de Singapur". El cuarto se hizo entonces vulnerable al polvo, al calor, al comején, a las hormigas coloradas, a las polillas que habían de convertir en aserrín la sabiduría de los libros y los pergaminos.

El tercer superviviente es el mismo patriarca, José Arcadio Buendía, que cae en la locura violenta y queda durante sus últimos años de vivo amarrado a un castaño en el patio, incapaz de hablar otro idioma que el latín. Muerto, continúa allí mucho tiempo bajo el castaño, charlando de vez en cuando con Ursula, aparentemente ya recuperado el castellano. A medida que crece el ritmo de la vida en Macondo con la llegada del ferrocarril, el teléfono y más maravillas de la ciencia, crece la actividad del espectro de José Arcadio Buendía. "Era como si Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y mantuviera a los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la realidad. Era un intrincado frangollo de verdades y espejismos, que convulsionó de impaciencia al espectro de José Arcadio Buendía bajo el castaño y lo obligó a caminar por toda la casa aun a pleno día".

La supervivencia de estas tres figuras claves del libro: Prudencio Aguilar, cuya muerte es móvil para la fundación de Macondo y cuya presencia espectral hilvana el pasado en Riohacha con la actualidad del pueblo de Macondo; José Arcadio Buendía, patriarca exagerado y quijotesco en su búsqueda quimérica por la ciencia fantástica; Melquiades, profeta, sabio y cronista del futuro de Macondo, cuya permanencia es condición imprescindible para el eventual descifra-miento de sus inútiles pergaminos; van en paralelo con las edades casi bíblicas que alcanzan dos figuras que tienen igual importancia en la vida de Macondo: Ursula, que "tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morirse cuando escampara", y Pilar Ternera, que "Había renunciado la perniciosa costumbre de llevar las cuentas de su edad cuando cumplió los ciento cuarenta y cinco".

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

Al final del libro, abandonada la casa ancestral a los insectos devoradores y a los locos y frenéticos amores de Aureliano Babilonia con su tía Amaranta Ursula, acude toda la familia espectral en tropel, empeñados en sus actividades habituales: "Muchas veces fueron despertados por el tráfago de los muertos. Oyeron a Ursula peleando con las leyes de la creación para preservar la estirpe, y a José Arcadio Buendía buscando la verdad quimérica de los grandes inventos, y a Fernanda rezando, y al coronel Aureliano Buendía embruteciéndose con engaños de guerras y pescaditos de oro, y a Aureliano Segundo agonizando de soledad en el aturdimiento de las parrandas, y entonces aprendieron que las obsesiones dominantes prevalecen contra la muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos seguirían amándose con sus naturalezas de aparecidos, mucho después de que otras especies de animales futuros les arrebataran a los insectos el paraíso de miseria que los insectos estaban acabando de arrebatarles a los hombres".

Las muertes se repiten en esta novela—historia de Macondo, pueblo que duró muchos años sin necesidad de cementerio, culminando en la masiva y horripilante masacre de la estación, donde las fuerzas del gobierno fusilan a más de tres mil trabajadores en huelga contra las condiciones existentes en las plantaciones de la compañía bananera. Espantoso de verdad en sus minuciosos detalles, el episodio llega a tener momentos de verdadera pesadilla. Cuando vuelve a Macondo el único superviviente, José Arcadio Segundo, obsesionado con el horror de la matanza y su inconsciente viaje en un tren de doscientos vagones de carga que llevaba a los difuntos al mar, siente la necesidad, como **The Ancient Mariner** de Coleridge, de comunicar lo que ha vivido. Pero el hecho de la matanza se ha transformado de pronto en una irrealidad. Trata de explicarlo, pero la reacción es: "Aquí no ha habido muertos". "Desde los tiempos de tu tío, el coronel, no ha pasado nada en Macondo". En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo antes de llegar a su casa, le dijeron lo mismo: "No hubo muertos".

"Pasó por la plazoleta de la estación, y vió las mesas de fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre". Tampoco le cree su propio hermano cuando se lo cuenta. Como una reminiscencia del orweliano "doublethink" de 1984, prevalece en la conciencia de todos los de Macondo la versión oficial, "Mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance; no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían vuelto con sus familias, y la compañía bananera suspendía actividades mientras pasaba la lluvia". —la lluvia

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

de cuatro años, once meses y dos días, invocada por el Mr. Brown, gerente de la compañía bananera.

Tan acusada en el libro es la presencia de la muerte que se figura toma forma humana delante de Amaranta, igual que se nos presenta en **La dama de alba,** de Casona. "La vio un mediodía ardiente, cosiendo con ella en el corredor... La reconoció en el acto, y no había nada pavoroso en la muerte, porque era una mujer vestida de azul con el cabello largo, de aspecto un poco anticuado,. . . era tan real, tan humana, que en alguna ocasión le pidió a Amaranta el favor de que le ensartara una aguja". Con este claro presagio de su próxima muerte, Amaranta concibe la idea, como último favor que pueda hacer al mundo, de llevar cartas y recados a los difuntos. Metódicamente colecciona el correo destinado hacia el otro mundo y anota en un cuadernito los recados verbales. Efectivamente, se muere Amaranta a la hora señalada por la mujer vestida de azul.

LA CASA DE LOS BUENDIA

La supervivencia de los muertos refuerza el sentido de un mundo cerrado y sellado herméticamente como un caldo de laboratorio de investigaciones microbiológicas. Son presencias que vinculan el pasado con el presente hasta borrar transcurrir del tiempo y hacer de los cien años de Macondo una continuidad orgánica. Ninguna figura importante se escapa de los confines de Macondo. Se marcha el coronel Aureliano Buendía a sus guerras, pero vuelve a hacer pescaditos de oro para luego deshacerlos. Se aleja Melquiades con su tribu de gitanos, pero vuelve a incorporarse a la familia de los Buendía para morir en Macondo. Se ausenta Ursula en busca de José Arcadio; a los cinco meses regresa después de haber descubierto la ruta que pusiera a Macondo en contacto con el mundo exterior. Tras sus muchos recorridos por el mundo, el mismo José Arcadio se establece en Macondo y allí muere. Contribuyen estas idas y vueltas y la supervivencia de los muertos a dar un sentido de unidad y de fatalidad al destino de los Buendía, tan ineludiblemente vinculado a Macondo. Ninguno puede desaparecer por completo ni vivo ni muerto hasta haber transcurrido los cien años, tiempo predestinado para el desarrollo hacia la destrucción, de Macondo.

El eje del libro es la casa de los Buendía; "casa" con doble sentido de familia y la que construyó José Arcadio Buendía de barro y cañabrava al fundar Macondo. Todo gira en torno a la casa ancestral, y casi podemos decir que toda

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

la acción de la novela se desarrolla dentro de la casa o la vemos desde ella. Vemos su origen, sus ampliaciones, la importación de toda clase de objetos de lujo para su adorno, su decadencia, su regeneración periódica y finalmente su destrucción total, con la desaparición de todo lo que queda de Macondo y de la estirpe de los Buendía. En cambio no presenciamos las treinta y dos guerras del Coronel Aureliano Buendía ni entramos en los confines alambrados de la compañía bananera. Si visitamos otras casas, como la de Petra Cotes, o si paseamos por las calles bulliciosas de Macondo, o si frecuentamos sus fantásticos burdeles como el que se llama El Niño de Oro, estamos siempre en compañía de un Buendía.

EL TIEMPO

Al limitarse a la "casa" de los Buendía, García Márquez consigue una fuerte unidad estructural. Hasta la confusa sucesión de Aurelianos y José Arcadios, que sin duda va a preocupar a los aficionados a la genealogía —y cuantos lectores del libro se han molestado por hacer un árbol genealógico de la familia— refuerza el aspecto cíclico que llega a ser fundamental en la estructura de la novela. La teoría esencial del tiempo en **Cien años de soledad** nos la da Pilar Ternera, ya más que centenaria, propietaria y dueña moral del burdel zoológico al cual acude Aureliano Babilonia: "Un siglo de naipes y de experiencia la había enseñado a Pilar Ternera que la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje". Ursula había vislumbrado el aspecto circular del tiempo de Macondo años antes cuando José Arcadio Segundo se desajustó con su delirio de abrir Macondo al mar: "Ya esto me lo sé de memoria," gritaba Ursula. "Es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio". Luego cuando Aureliano Triste ideó el proyecto de abrir Macondo al mundo por medio del ferrocarril, Ursula "confirmó su impresión de que el tiempo estaba dando vueltas en redondo".

Existe también un modo muy especial del transcurso del tiempo en Macondo, un tiempo estático, eterno, en el cual se encuentra atrapado José Arcadio Buendía:

—¿Que día es hoy? —pregunta—. Aureliano le contestó que era martes.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

—Eso mismo pensaba yo, —dijo José Arcadio Buendía.— Pero de pronto me he dado cuenta de que sigue siendo lunes, como ayer. Mira el cielo, mira las paredes, mira las begonias. También hoy es lunes—. Acostumbrado a sus manías, Aureliano no le hizo caso. Al día siguiente, miércoles, José Arcadio Buendía volvió al taller. —Esto es un desastre —dijo—. Mira el aire, oye el zumbido del sol, igual que ayer y anteayer. También hoy es lunes—[2].

Sigue siendo lunes para José Arcadio Buendía hasta el viernes, cuando se encuentra incapaz de soportar más lunes e irrumpe violentamente con toda la fuerza de su locura. Pero lo que parece ser sencillamente locura en el momento de leerlo, recibe confirmación más tarde en el cuarto de Melquiades, que se conserva durante tantos años incorrupto de polvo y telarañas: José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo "descubrieron al mismo tiempo que allí siempre era marzo y siempre era lunes, y entonces comprendieron que José Arcadio Buendía no estaba tan loco como contaba la familia, sino que era el único que había dispuesto de bastante lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto una fracción eternizada". El mago Melquiades también existe en un tiempo apocalíptico, el tiempo de la visión de la totalidad de las cosas, el tiempo en que están escritos los pergaminos, que concentraron "un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante".

ASPECTOS SOCIO – POLITICOS

García Márquez ha alcanzado una adecuación impresionante de estilo con lo narrado en **Cien años de soledad** y además un asombroso dominio de los elementos tan variados que emplea en su estructura. Importante es la eliminación —o por lo menos relegación a un plano inferior— de elementos que en un grado o en otro, han sido definitivos en la evolución de muy buena parte de la novelística hispanoamericana: la selva, el indio, la política. La lucha del hombre contra la naturaleza existe solamente en los delirios de José Arcadio Buendía, que quiere abrir Macondo al mundo de los "últimos inventos", y en la guerra cotidiana contra las cucarachas, el comején y las hormigas coloradas. Tanto el indio y el negro, como el sirio y el árabe aparecen sencillamente como adorno

---

[2] Algo parecido pasa con el tiempo en el cuento "Isabel viendo llover en Macondo", Buenos Aires: Ed. Estuario, 1968, págs. 18–19.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

bizarro, como insignificantes presencias que no plantean problema socio–racial alguno en la novela. La política se representa solamente en sus derivaciones personales y locales: como en las treinta y dos guerras del coronel Aureliano Buendía; guerras confusas, sin ideología, sin trascendencia; o en la actitud anarquista de José Arcadio Buendía al rechazar la implantación del "gobierno" en Macondo: "En este pueblo no mandamos con papeles –dijo sin perder la calma– y para que lo sepa de una vez, no necesitamos ningún corregidor porque aquí no hay nada que corregir". Sin embargo e inevitablemente, llega el "gobierno" a Macondo; gobierno representado siempre como imposición de la fuerza en contra de la voluntad del pueblo. El "gobierno" es un poder misterioso, antagónico, que sostiene el derecho a la explotación del campo y del obrero por medio de la compañía bananera, y que llega a matar a más de tres mil habitantes que se manifiestan en huelga contra los abusos de la explotación yanqui. La política es siempre confusa, arbitraria, olímpica, remota. El "gobierno" se representa no en sentido ideológico, sino como un mar de confusiones y contradicciones burocráticas, una entidad que demora años, quizá para siempre, el cumplimiento de sus más solemnes compromisos y promesas, como por ejemplo en la paga de las pensiones militares. El gobierno, cualquier gobierno, de liberales, de conservadores, o de colalición, representa la mala fe, que se manifiesta en el partidarismo y las atrocidades, en la persecución y el cinismo de los intereses creados. Pero no encontramos ni tesis ni polémica claras. Sería, creo, una deformación leer en esta novela tesis política de cualquier índole, que no sea un anarquismo arcádico de una total naïveté. La llegada del gobierno a Macondo es un acontecimiento que no tiene ni sentido lógico ni remedio; es tan fortuito como la lluvia de pájaros muertos o la peste de insomnio y olvido. Es una desgracia más que aflige a un pueblo ya acostumbrado a lo advenedizo.

ELEMENTOS DE UNA TECNICA NARRATIVA

Brevemente, quiero trazar cuatro aspectos de su estilística, los cuales tienen una función y un valor bien demostrables a lo largo de su relato. La densidad es quizá la primera característica que se observa al manejar el libro. Se compone en general de párrafos largos; algunos llegan a casi tres páginas de letra condensada. En éste como en otros aspectos, algunos críticos han querido ver una influencia de Faulkner, influencia negada por el autor en una entrevista mantenida con José Domingo, publicada en **Insula.**[3] Creo que esta densidad

[3] José Domingo, *Insula*, núm. 259, Junio 1968.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

responde a la naturaleza de su narración; y ha observado Ricardo Gullón acertadamente que García Márquez es, esencialmente y sobre todo, un narrador. El narrador no suele pensar en párrafos. Varía de tono según su tema, pensando más bién en la línea que traza, sea larga o corta, de acción rápida o descripción lenta y detallada. La misma densidad es típica de las grandes narraciones épicas de Homero y Virgilio, y —¿por qué no decirlo? — **Cien años de soledad** se asemeja mucho a la épica, en su concepto de generaciones, de unidad de tema, de diversidad de personajes y episodios y de universalidad dentro de los más estrictos límites geográficos y temporales. Nos preguntamos, ¿por qué no cansa la lectura de seis u ocho párrafos seguidos, cada uno de los cuales comprende dos o más páginas? . En el caso de García Márquez es debido a que el movimiento psicológico o físico, es rápido, conectado, fluido, y variado; no exige cortes sino continuidad.

El segundo aspecto que se destaca fácilmente es el empleo del diálogo. Es lacónico, muy reducido, tajante; utilizado generalmente como implacable punto final a la anterior exposición en prosa. He citado ya ejemplos en otros contextos; basta con uno más, muy particular de la personalidad del coronel Aureliano Buendía, ya cansado de guerras, desengañado y amargado en cuanto a las posibilidades de mejorar la situación política de su país. Anuncian al coronel que por fin ha llegado la comisión que va a formular las condiciones para la paz entre conservadores y liberales. "El se dió vuelta en la hamaca sin despertar por completo. —Llévenlos donde las putas— dijo", y continúa su siesta. García Márquez ha cultivado siempre la línea corta de diálogo; en **La hojarasca**, donde casi todo es monólogo interior, en **El coronel no tiene quien le escriba**, en **La mala hora**, y en sus cuentos; pero nunca es tan evidente el contraste del diálogo incisivo con los trozos largos, a veces larguísimos de prosa descriptiva y narrativa. Es una tentación especular si la concisión y la exigüidad de diálogo, la ausencia del "dije — dijo", no corresponde a la personalidad y carácter de los personajes que pueblan sus relatos. Puede bien ser el caso en **El coronel no tiene quien le escriba.** Hay poco que decir. Los personajes llevan una vida solitaria, deprimidos y medio muertos de hambre; es una vida cansada, sin incidente y con pocos rencores. En **La hojarasca** el silencio y el monólogo interior de tres personajes corresponden perfectamente a la situación —una vela funeraria—. Pero en **Cien años de soledad** hay muchas ocasiones en las que cabría lógicamente el diálogo; entre amantes, entre hermanos, entre parranderos, entre niños; pero sin embargo no lo hay.

Creo que esta característica de su arte, la de limitar el diálogo a lo artísti-

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

camente irreducible, responde más bién a su concepto de la narración. García Márquez confiesa su gran admiración por la épica y por las novelas de caballería. Lo importante en la primera son el tono y la acción; en lo que respecta a las novelas de caballería es la invención, y en las dos, la descripción, cuanto más rápida y más puntualizada, más eficaz. Los dos géneros carecen de diálogo en su desarrollo más típico; no hace falta; el narrador sabe bien que sería interrumpir la marcha de la relación. García Márquez no ha publicado nada hasta ahora salvo el monólogo interior ya referido de **La hojarasca** y su historia del náufrago, escrito en primera persona. Casi la única voz que se oye en su novelística es la voz del autor. Es una voz siempre narrativa, que no opina, ni juzga, ni comenta, si no implícitamente en la acción y en la reacción de sus personajes.

El tercer elemento, muy relacionado con los géneros literarios mencionados, es el empleo del epíteto y de la repetición: Francisco el Hombre, Remedios la bella; el coronel Aureliano Buendía, Prudencio Aguilar, José Arcadio Buendía, Pietro Crespi, etc.. Nunca se permite la abreviatura de los nombres o el anular títulos o epítetos una vez establecidos, aun cuando no resultara confusión alguna. Cada vez que reaparece Melquiades oimos la descripción de su indumentaria: "el chaleco anacrónico y el sombrero de alas de cuervo". El coronel Aureliano Buendía se caracteriza por su taza de café amargo, sin azúcar, y sus reflexiones en el pelotón de fusilamiento. Estos toques estilísticos dan a la novela un ritmo que descubrieron los primeros narradores y que conservan todos los que se preocupan por el encanto que tiene la fábula o historia bien narrada.

El cuarto elemento es el lenguaje mismo. Confiesa el autor en la citada entrevista con José Domingo que las mayores dificultades que encontró al escribir **Cien años de soledad** fueron las del tono y las del lenguaje:

> Los hechos, tanto los más triviales como los más arbitrarios, estaban a mi disposición desde los primeros años de mi vida, pues eran material cotidiano en la región donde nací y en la casa donde me criaron mis abuelos.... Mi problema más importante era destruir la línea de demarcación que separa lo que parece real de lo que parece fantástico, porque en el mundo que trataba de evocar esa barrera no existía. Pero necesitaba un tono convincente, que por su propio prestigio volviera verosímiles las cosas que no nos lo parecían y que lo hiciera sin perturbar la unidad del relato. También el lenguaje era una dificultad de fondo, pues la verdad no parece verdad simplemente porque lo sea, sino por la forma en que se diga. Tuve que

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

vivir veinte años y escribir cuatro libros de aprendizaje para descubrir que la solución estaba en los orígenes del problema: Había que contar el cuento, simplemente, como lo contaban los abuelos. Es decir, en un tono impertérrito, con una serenidad a toda prueba que no se alteraba aunque se les estuviera cayendo el mundo encima, y sin poner en duda en ningún momento lo que estaban contando, así fuera lo más frívolo o lo más truculento, como si hubieran sabido aquellos viejos que en la literatura no hay nada más convincente que la propia convicción. Es decir, había que contar el cuento, simplemente, con el lenguaje con que lo contaban los abuelos. Fue una tarea muy dura la de rescatar todo un vocabulario y una manera de decir las cosas que ya no son usuales en los medios urbanos en que vivimos los escritores, y que están a punto de perderse para siempre.[4]

En resumen, es el problema con que se han enfrentado todos los narradores desde Homero hasta nuestros días: el de saber utilizar el lenguaje hablado y cotidiano, luego refinado, pulido y variado sólo hasta cierto punto, dando primacía a lo narrado y siempre sin perderse el narrador en el lenguaje mismo. En García Márquez, el lenguaje nunca nos parece rebuscado, forzado ni intelectualizado. Tampoco presenta la dificultad de tantas novelas de América latina: los regionalismos. Salvo muy pocas excepciones de mínima importancia, el vocabulario de **Cien años de soledad** está al alcance del hispanoparlante de cualquier país. No es, por eso, un lenguaje reducido. Dentro de lo que Gullón ha llamado su tono "monocorde", la novela demuestra una sorprendente riqueza de recursos lingüísticos: grandes poderes de descripción cuando el relato lo pide, una línea flexible y rápida para la acción, y momentos de un lirismo realmente bello.

En el caso de **Cien años de soledad**, se trata de la primera novela extensa de un escritor relativamente joven. Su producto literario anterior consistía en el periodismo, como ejemplo "El relato de un naúfrago", reportaje de un acontecimiento verídico, publicado por entregas en 1955 y reaparecido recientemente en forma de librito de bolsillo; unos cuentos cortos; dos novelas cortas que apenas llegan a ser novelas, **La hojarasca** y **La mala hora**; y un cuento largo, **El coronel no tiene quien le escriba.** Todas estas las llama García Márquez obras de aprendizaje y las ha utilizado para aportar elementos narrativos a **Cien años de soledad.** En uno y otro relato se entrecruzan personajes y situaciones. El co-

---

[4] José Domingo, Ibid..

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes

ronel Aureliano Buendía es mencionado de paso por el viejo coronel; el médico suicida de **La hojarasca,** el dentista que se niega a sacarle una muela al alcalde, Rebeca, que mata a un ladrón en la puerta de su casa; todas estas figuras y muchas más van reapareciendo en distintas etapas de su novelística.

La cuestión que sólo García Márquez podrá resolver es la siguiente: después de **Cien años de soledad,** ¿qué? . No caben ya futuras elaboraciones de la vida de Macondo. Como dice Ursula de la familia Buendía, "Hacen cosas para luego deshacerlas". Está ya deshecha Macondo. Sería indigno del gran talento novelístico seguir elaborando aspectos de vida e incidentes presentados de modo fragmentario en su crónica de Macondo. "En **Cien años**", nos dice,[5] "decidí liquidar Macondo y su gente. Durante veinte años le he ido dando vueltas. Ya está bien. . . La historia de Macondo termina en 1928: precisamente el año que yo nací".

Nos ha dado el autor algunas indicaciones de un nuevo proyecto, una novela que se llamará **El otoño del patriarca.**"La empecé a escribir antes de que se publicara **Cien años.** No sé qué saldrá. . . Pero sé lo que no debe ser para no parecerse a la anterior. Escribo sobre la soledad del déspota. La novela será una especie de monólogo del dictador antes de ser presentado al tribunal popular. El cabrón gobernó durante más de tres siglos". [6]

Por estos pocos datos perfilamos dos temas constantes que unirán en algún sentido el mundo de Macondo con el del dictador latinoamericano: la soledad y los años bíblicos, antidiluvianos de algunos de los protagonistas. Por lo demás tenemos que esperar la aparición del nuevo libro; y García Márquez es un narrador que no tiene prisa en escribir.

---

[5] Miguel Fernández Braso, *Gabriel García Márquez (una conversación infinita),* Madrid: Editorial Azur, 1970, pág. 104.

[6] Ibid, pág. 105.

BOLETÍN AEPE Nº 5. James R. STAMM. Muerte, supervivencia y desaparición en "Cien Años de Soledad"
Centro Virtual Cervantes